

GLOSARIO

PARA Spengler, en un libro de gran interés, *El Hombre y la Técnica*, la mecanización lleva al mundo a su completa destrucción. El mundo artificial envenena el mundo natural. Todo quiere someterse a máquina. Ya no se ven —dice—prados llenos de rebaños pastando sin pensar en el aprovechamiento de su carne. Los bellos oficios antiguos se substituyen rápidamente por realizaciones técnicas. El hombre quiere *realizar* a toda costa y la máquina se ha convertido hoy en un símbolo. Sin embargo, el pensamiento fáustico comienza a hartarse de la técnica. Como en Roma, en tiempos de Augusto, los hombres ahitos de vida y de civilización huyen y buscan refugio o en continentes más primitivos o en el suicidio.

El pesimismo de Spengler, va aún más lejos:

Comienza—escribe—la fuga de los directores nativos ante la máquina. Dentro de poco sólo habrá disponibles, talentos de segundo orden, epigonos de una gran época. Todo gran empresario comprueba la disminución de las calidades espirituales en la descendencia. Ahora bien; la grandiosa evolución técnica del siglo XIX fué posible, exclusivamente, en virtud del nivel espiritual creciente. No sólo la disminución, sino simplemente la detención, es peligrosa y señala hacia un término, por muchas que sean las manos bien preparadas que se apresten al trabajo.

Su defensa de la civilización blanca se apoya en el secreto, en el misterio de la técnica. Cuando la técnica, se dispersa, es decir, cuando convierte a los países de color o consumidores, en países capaces de valerse con la aplicación de los métodos técnicos occidentales, comienza la época de los errores decisivos o lo que es lo mismo, la época de la destrucción.

En vez de mantener secreto—agrega—el saber técnico, el mayor tesoro que los pueblos «blancos» poseían, fué ofrecido a todo el mundo orgullosamente, en todas las escuelas superiores, de palabra y por escrito, y se aceptaba con orgullosa satisfacción la admiración de los indios y los japoneses.

En lugar de exportar productos, comiéndose a exportar secretos, procedimientos, métodos ingenieros y organizadores. Incluso hay inventores que emigran. El socialismo, que quería someterlos a su yugo, *los despide*. Todos los «hombres de color» penetraron en el secreto de nuestra fuerza, lo comprendieron y lo aprovecharon. Los japoneses llegaron a ser en treinta años, técnicos y peritos de primer orden y en la guerra contra Rusia demostraron una superioridad técnica militar de la que sus maestros mismos pudieron aprender.

El egoísmo spengleriano, es como se ve, de un duro contenido. La civilización industrial debía haberse encerrado en sus fronteras, para evitar la catástrofe que la competencia ha provocado a la civilización europea y norteamericana. El hombre de color—y para Splenger, Rusia es también un país de color—al adoptar los dones de la cultura fáustica, los ha superado en parte, en el estricto dominio del maquinismo, y ha hecho nacer, de manera inconsciente, la venganza del mundo hasta ayer sometido a explotación. Las tierras de color eran vastos mercados para la producción occidental. Hoy, comienzan, a ser, en mucha parte lo son ya, tierras que el propio nativo explota con los métodos y la aplicación de la máquina occidental. De este modo, el centro de gravedad de la producción se ha desplazado. La guerra, puso además, fin, al respeto de los hombres de color ante el blanco. Una civilización que asesinó sin piedad con la mayor suma de perfección técnica, remontó su propio curso hacia la barbarie. El hombre de color sintió, en la médula de su mentalidad primaria, que el civilizado era tan sanguinario como él y perdió el sentido del temor. El aprovechamiento que hoy hace de la técnica occidental le sirve justamente para combatir contra esa civilización fáustica, que, según Spengler, se aproxima rápidamente a su término inevitable.

He aquí las palabras graves y melancólicas con que el pensador alemán cierra su viaje pesimista; palabras de fatiga:

En vista de este destino, sólo hay una concepción del Universo que sea digna de nosotros: la ya citada de Aquiles cuando dice que mejor es una vida breve, llena de hazañas y de gloria, que una vida larga sin contenido. El peligro se ha hecho tan grande para cada individuo, cada clase, cada pueblo, que es deplorable, el pretender engañarse. El tiempo no puede detenerse; no hay prudentes retornos, no hay cautelosas renunciaciones. Sólo los soñadores creen en posibles salidas. El optimismo es *cobardía*.

Hemos nacido en este tiempo y debemos recorrer violentamente el camino hasta el final. No hay otro. Es nuestro deber permanecer sin esperanza, sin salvación en el puesto ya perdido. Permanecer como aquel soldado romano, cuyo esqueleto se ha encontrado delante de una puerta en Pompeya, y que murió, porque al estallar la erupción del Vesubio, olvidáronse de licenciarlo. Eso es grande, eso es tener raza. Ese honroso final es lo único que no se le puede quitar al hombre.



EL Problema Universitario no es exclusivamente una cuestión chilena, o dicho con más propiedad, una cuestión santiaguina. A la simple vista, el hombre medio, cree que las cosas o los fenómenos que ocurren en su país no ocurren en ninguna otra parte del globo. Esta conformidad o ceguera de pensamiento, de percepción, lo inutiliza para abarcar con totalidad, los problemas de la cultura.

La revista de vanguardia *Barandal*, de Méjico, analiza, el fenómeno universitario mejicano que tampoco es de pura exclusividad de ese país y es curioso tomar nota de la analogía que revisten las formas y aun el contenido de esos problemas en la mentalidad de los estudiantes. En Méjico, por su heterogeneidad, desde el punto de vista de las clases sociales, la juventud universitaria no marcha por ahora de frente y con serenidad hacia una meta: se revuelve indecisa. Representa como en todas partes, la desorientación actual de América y del mundo. Es en rigor, la evidencia de haber tocado en el borde de una encrucijada, cuyos caminos, abren, unos hacia el pasado y otros al porvenir. Para enderezar por éstos, desde luego, una mente nítida y el corazón firme. Pero no siempre son éstos los dones que más resaltan y en general, mentes confusas y corazones vacilantes. Veamos como se expresa *Barandal* al referirse a la juventud universitaria mejicana:

Viven fervorosamente buscando su camino—y sin romanticismo, sin literatura—puede asegurarse que están *atormetados* por el afán de precisarse frente a lo defectuoso del ambiente social que los rodea. Muchos son los inquietados por los más vastos problemas. Tantos, que seguramente esta juventud arroja el mayor porcentaje de jóvenes con tendencia francamente política. Pero no aciertan a entrar deliberadamente en un plano de esforzada actuación pública. Están numerososmente divididos en subgrupos, en partículas. Practican las más variadas modalidades doctrinarias. Ensayan los credos más ampulosos o más vacuos y hasta se pierden lastimosamente en actividades sin sentido alguno moral e intelectual.

También esa juventud universitaria, se encuentra dividida en *definidos*, que siguen la inspiración de la tercera internacional comunista y cuya característica según el artículo que comentamos, es la precipitación o la rutina; *católicos* que se singularizan como los comunistas, por su obediencia a los textos sagrados, también rutinarios, y en *indefinidos* en los que están incluidos los universitarios de más reconocida capacidad intelectual y moral. Todos estos grupos se encuentran a su vez, subdivididos en otras fracciones. Como se ve, el fenómeno es casi idéntico en todos los países.

Pero lo fundamental, lo urgente, es la claridad, la maduración

ideológica y moral que sólo se alcanza mediante la elevación de la cultura. La Universidad es un centro vivo, sólo a condición de arrojar de ella, la intriga, la pasión baja que es atributo de la pequeña política, la ambición mezquina.



ESTA próxima a aparecer la **Revista del Pacífico**, magazine mensual de gran formato que aspira a servir de elemento de difusión de la cultura nacional y de órgano de comunicación y de intercambio intelectual con los demás pueblos de nuestro continente. Director de esta Revista será el conocido escritor y periodista Ernesto Montenegro que ha dirigido ya empresas de esta clase y cuya larga permanencia en Estados Unidos significa el acervo de una provechosa experiencia que él, sin duda, sabrá poner al servicio de esta hermosa obra cultural. En una circular que tenemos a la vista dice su director entre otras cosas a modo de programa:

Los días críticos en que vivimos, la desorientación e impresionabilidad del público, hacen deseable una publicación que hable con serenidad y con autoridad, que no disimule cobardemente la gravedad de los problemas que nos confrontan ni se deje tampoco llevar de impresiones atrabiliarias. Vamos a procurar en *Revista del Pacífico* servir estos fines, acogiendo la colaboración de gentes entendidas y de responsabilidad, siempre que se trate de temas que requieran estudio y experiencia, que, en cuanto a la literatura nacional, nuestro criterio será el de guiarnos por el mérito propio de cada trabajo, sin prevenciones de escuela o tendencia.— *M.*